



---

DOSSIER: 'MENTE, SUJETO E HISTORIA' / DOSSIER: 'MIND, SELF AND HISTORY'

---

## EL SÍ-MISMO COMPROMETIDO: LA DISECCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD EN LA AUTOBIOGRAFÍA PSÍQUICA DE HERMANN BROCH<sup>1</sup>

Ángel González de Pablo

Universidad Complutense de Madrid  
agdpablo@med.ucm.es

Recibido: 29 agosto 2012; Aceptado: 17 marzo 2013.

**Cómo citar este artículo/Citation:** González de Pablo, Ángel (2013), "El sí-mismo comprometido: la disección de la subjetividad en la *Autobiografía psíquica* de Hermann Broch", *Asclepio* 65 (2): p015. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.16>

**RESUMEN:** Hermann Broch fue un firme convencido de la veracidad del psicoanálisis y estuvo varias veces en tratamiento psicoanalítico con conocidos analistas: Hedwig Hoffer-Schaxel, desde 1927 a 1935; Gustav Bychowski, entre 1939 y 1940 y Paul Federn, desde 1943 hasta al menos 1946. En 1942/43, mientras perfilaba *La muerte de Virgilio*, escribió también la *Autobiografía psíquica* y su *Apéndice*. Dichos escritos, no destinados a ser publicados, fueron pensados como una especie de autoanálisis para intentar clarificar, dentro de un marco conceptual freudiano, dos problemas: la tensión entre sexualidad y producción y la repercusión de la figura materna. Pero en el abordaje de ambas cuestiones se fue además elaborando transversalmente un conocimiento del sí-mismo y de la forma de aprestarlo para la acción, de incrementar su implicación y, en suma, de recrearlo estéticamente y éticamente. Tras contextualizarlo dentro de la figura antropológica del «sujeto psicológico» y de la relación de Broch con el psicoanálisis, el presente trabajo rastrea en la *Autobiografía psíquica* este sí-mismo comprometido, esa sutil mezcla de análisis psicológico, teoría estética y filosofía moral en la que se abasteció la subjetividad de Broch.

**PALABRAS CLAVE:** Sí-mismo; subjetividad; sujeto psicológico; Hermann Broch; autoanálisis.

### THE COMPROMISED SELF: THE DISSECTION OF SUBJECTIVITY IN HERMANN BROCH'S PSYCHOLOGICAL AUTOBIOGRAPHY

**ABSTRACT:** Hermann Broch was convinced of the veracity of psychoanalysis and was under psychoanalytical treatment several times in his life with well-known analysts: Hedwig Hoffer-Schaxel, from 1928 to 1935, Gustav Bychowski between 1939 and 1940, and Paul Federn, from 1943 to at least 1946. Broch also wrote in 1942/1943, while finishing *The Death of Virgil*, his *Psychological Autobiography* and its *Appendix*. Both writings, never intended to be published by his author, were thought as a kind of auto-analysis aimed to clarify, within a Freudian conceptual framework, two problems: the tension between sexuality and production, and the repercussion of the mother's figure. But the approach to these questions resulted in the transversal and progressive emergence of a reflection upon the self and the way of preparing it to action, of increasing its involvement, in sum, of recreating it aesthetically and ethically. This paper puts in context and studies this compromised self, that subtle blend of psychological analysis, aesthetical theory and moral philosophy that shaped Broch's subjectivity.

**KEY WORDS:** Self; Subjectivity; Psychological subject; Hermann Broch; Auto-analysis.

**Copyright:** © 2013 CSIC. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Attribution-Non Commercial (by-nc) Spain 3.0.

## SÍ-MISMO, YO Y SUBJETIVIDAD. LA IDENTIDAD PERSONAL Y SU EVOLUCIÓN

Hablar del sí-mismo implica dos premisas: que existe una consciencia subjetiva, individual y corporeizada de la que emerge un yo en tanto expresión elaborada de esa mismidad; y que dicho yo, aunque sujeto y estructurado por múltiples fuerzas históricas, sociales y lingüísticas, representa un único ser humano (Owen, 2001, p. 71). El sí-mismo y el yo, por inestables y efímeros que sean, representan la identidad personal y la particularidad de cada ser humano; y además son algo único, por más que deban ser formulados en interrelación con los otros y estén ligados de forma intrínseca a identidades sociales compartidas.

En sentido preciso, el yo sería así la dilucidación objetiva de la identidad personal y única de cada ser humano, cuyas características comunes pueden ser formalmente pergeñadas; y derivaría de la elaboración del sí-mismo, en tanto percepción y vivencia completamente subjetiva (valdría decir también *fantasiosa*) de la propia identidad. Pero cuando se considera el terreno de la intimidad de forma lata, el yo y el sí-mismo se entrecruzan de forma inextricable (hasta llegar de hecho a intercambiarse) y, consecuentemente, la subjetividad —como expresión de esa intimidad— señala de forma un tanto ambivalente tanto el lenguaje (más abierto) del sí-mismo como el lenguaje (más concreto) del yo. Tal será el modo en el que se utilizarán estos términos en la contribución al conocimiento de la subjetividad en Hermann Broch, motivo del presente trabajo<sup>2</sup>.

En todo caso, el discurso sobre la identidad, esa indagación sobre nuestra naturaleza más propia y recóndita, tiene tras de sí una larga tradición (Taylor, 1989; Korfmacher, 2006). Durante el Medievo y la primera modernidad —el Renacimiento y los siglos XVII y XVIII— se llevaron a cabo no pocas experiencias introspectivas que buscaron dilucidar su sentido, casi siempre ligándolo de alguna u otra forma a la noción de alma (González de Pablo, 1994; Porter, 1997).

Ya durante esa primera modernidad comenzó también a fraguarse, sin embargo, una nueva idea de la identidad personal que buscaba dejar de identificarla con el alma para hacerlo en su lugar con el pensamiento autónomo. Tuvo así lugar una primera y todavía incompleta «psicologización» del yo, mediante la cual un sí-mismo concebido en tanto mente (Descartes) y consciencia (Locke) pasó a situarse de forma progresivamente pujante en la discusión de la modernidad sobre la subjetividad<sup>3</sup>.

De esta manera, en la primera modernidad se inició una lenta pero gradual secularización de la mismidad. La creciente imposibilidad de mantener una comunión del sí-mismo con lo divino tomó definitiva carta de naturaleza en la llamada segunda modernidad,

periodo que abarca aproximadamente el siglo XIX y las primeras décadas del XX, en donde se produjo la colonización del yo por la psicología médica y las nuevas ciencias de la mente (Thompson, 2001; Calinescu, 1999; Giddens, 1991; Berman, 1988). Esta segunda y acabada psicologización del yo erradicó cualquier vestigio trascendental del sí-mismo. La mismidad cesó de verse como una consciencia singular con recintos imperecederos (el alma). En su lugar eclosionó un sí-mismo -variopintamente concebido, pero siempre fragmentario y múltiple- en el que el yo consciente de cada momento determinado pasó a verse con desconfianza, a ser considerado poco fiable e inestable, por su inevitable contaminación con elementos inconscientes<sup>4</sup>. El sí-mismo inmaterial e imperecedero, caracterizado por su dimensión no racional y espiritual (el alma) había dejado lugar a un sí-mismo primariamente psicologizado y secularizado, definido por una dimensión racional y consciente; y este a su vez terminó dando paso a otro definitivamente psicologizado y secularizado, determinado por una dimensión irracional e inconsciente (Owen, 2007, pp. 115-116).

Pero a partir de mediados del siglo XX, paralelamente a la configuración de la llamada posmodernidad<sup>5</sup>, la individualidad psicológica comenzó a ser sustituida por otra nueva: la individualidad somática. Al comienzo de la década de 1950 la cibernética aportó los primeros modelos abstractos de la neurofisiología cerebral y en los años sesenta la inteligencia artificial y la ciencia cognitiva promovieron el paradigma del cerebro-ordenador. Los organigramas se convirtieron en instrumentos válidos para el estudio de la estructura y de la función cerebral. El sí-mismo empezó a verse ligado íntimamente a una estructura somática cada vez más predominante: el cerebro. El cual podía ser además perfectamente asimilable a esa nueva herramienta que iba a cambiar nuestra forma de vida: el ordenador.

En las últimas tres décadas del siglo pasado dicha individualidad somática se hizo progresivamente perceptible en las sociedades occidentales intensamente tecnificadas y medicalizadas. Con todo, el cerebro no fue aquí el único modelo aportado por las ciencias de la vida en la comprensión de la mismidad. La inmunología y la genética fueron otras dos fuentes importantes (Vidal, 2009, p. 6). A finales de los años setenta el sí-mismo se convirtió en la base de la inmunología teórica y la inmunología se concibió como la «ciencia de la discriminación entre el sí-mismo y el no-sí-mismo» (*science of self/non-self discrimination*) (Tauber, 2012). De igual forma, el desarrollo de la genética durante estas décadas —especialmente con la puesta en práctica del «Proyecto Genoma Humano» en 1990, que buscaba identificar y cartografiar la totalidad de los genes del genoma— extendió necesariamente la consideración del genoma como núcleo de nuestra naturaleza y determinante, por tanto, no solo de la

identidad como especie sino también de la individualidad personal, convirtiendo las influencias externas en poco más que meros añadidos accidentales (Mauron, 2001; Novas y Rose, 2000).

Pero finalmente, por un lado, los fenómenos asociados a los trasplantes y la autoinmunidad despojaron a la inmunología de condición de árbitro de la «dicotomía *self/non-self*», como había sostenido en un principio la inmunología teórica (Tauber, 2012); y, por otro, el determinismo genético se demostró más inestable e influenciado por el medio ambiente que el determinismo cerebral (Mauron, 2001). El debilitamiento de estos competidores y la suma de una serie de factores concatenados, tanto de orden interno, como el crecimiento de la psiquiatría biológica y el auge de los procedimientos de neuroimagen, como de orden externo, tales como los intereses de la industria farmacéutica en los psicofármacos (Vidal, 2009, pp. 5-6) y los crecientes esfuerzos de las compañías privadas de seguros por socavar los sistemas colectivos de asistencia sanitaria (Jameson, 1991, pp. 260-278) hicieron que, con la llegada del siglo XXI, el cerebro se convirtiera definitivamente en la localización del sí-mismo de la posmodernidad.

La individualidad somática, por tanto, ha quedado concretada actualmente en lo que se ha denominado «sí-mismo neuroquímico» (*neurochemical self*) (Rose, 2007, pp. 187-223) o «sujeto cerebral» (Vidal, 2005): la consideración de que la identidad humana reside en el cerebro; o, en otras palabras, que el cerebro es la única parte del cuerpo requerida para ser nosotros mismos. La personalidad (la cualidad o condición de ser una persona individual), ha pasado a entenderse como «cerebralidad» (*brainhood*), como la «cualidad o condición de ser un cerebro» (Vidal, 2009, p. 5). La mente del yo psicologizado sigue estando presente, claro es, en dicha identidad, pero ahora en tanto producto del cerebro. La mente no es ya la esencialidad del ser humano; es únicamente lo que el cerebro, la nueva esencialidad, hace.

Fruto de este sujeto cerebral o neuroquímico es el fenómeno, omnipresente hoy en día, de la «neurocultura»: el desbordamiento de las consideraciones neurocientíficas del marco del laboratorio y su penetración en los distintos dominios de la vida de las sociedades contemporáneas biomedicalizadas (Ortega, 2009; Tougaw, 2012). Dicha impregnación por la neurociencia de la cotidianidad se manifiesta en los numerosos *neuro* campos aparecidos recientemente: neuroética, neuroestética, neuroeconomía, neuropsicoanálisis, neuroteología, neuroeducación o neuroderecho, por citar solo algunos de ellos.

Así pues, el alma, la mente (consciente primero, inconsciente después) y el cerebro han sido los tres modelos fundamentales de entender históricamente

la subjetividad: el sujeto anímico, el sujeto psicológico y el sujeto cerebral.

Son numerosos los matices que cada uno de estos modelos engloba. Uno de ellos, motivo principal de este trabajo, corresponde a la *Autobiografía psíquica* (1942-1943) de Hermann Broch (1886-1951), autoanálisis de minuciosidad casi matemática de los conflictos que determinaron su vida y su trabajo. Los textos que la componen fueron escritos desde una perspectiva psicoanalítica y pertenecen, por tanto, al segundo modelo antropológico del sí-mismo: el sujeto psicológico, en cuya aparición y desarrollo el psicoanálisis fue un engranaje decisivo.

Tres serán, por tanto, las cuestiones que se abordarán a continuación: en primer lugar, la contribución del psicoanálisis en la construcción del sujeto psicológico o, en otros términos, los dilemas del psicoanálisis en relación con el yo y el inconsciente; en segundo, la relación de Broch con el psicoanálisis; y, finalmente, la disección que Broch hace de su psiquismo y la utilidad que ese escrutinio minucioso pudo reportarle.

## LA NEGOCIACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD EN EL PSICOANÁLISIS

Sigmund Freud y el psicoanálisis contribuyeron de forma decisiva al arrinconamiento definitivo del sujeto anímico, ese sí-mismo en comunión con lo divino, al entretejer el yo con el inconsciente. Convencionalmente se consideraba que la nueva concepción de la subjetividad, el sujeto psicológico, implicaba también un detrimento del yo a favor del inconsciente, apoyándose para ello en las afirmaciones de Freud en torno a que el yo había dejado de ser el dueño de su propia casa.

Pero en realidad la renovación de Freud no supuso tanto la minorización del yo cuanto, paradójicamente, su dotación de más autonomía. La vinculación del yo con el inconsciente hizo al yo más mórbido y quebradizo, pero sobre todo más independiente; menos previsible, menos constreñido por las nociones de orden y unidad social y más accesible a la libertad y a la individualidad. Este proceso que Ffytche ha denominado «la emergencia de la versión liberal del sí-mismo» (2012, pp. 255-273), tuvo su origen en el Romanticismo alemán y su preocupación por el inconsciente, al que los románticos consideraron ya la genuina naturaleza humana<sup>6</sup>. Pero fueron Freud y el psicoanálisis los que lo culminaron convirtiendo el inconsciente en un objeto de investigación empírica sistemática.

Sin embargo, a pesar de su carácter nuclear en la investigación psicoanalítica —o quizás precisamente por ello—, el inconsciente ha sido concebido con una enorme heterogeneidad en su seno (Ffytche, 2012, p. 280). Así, y limitándose a citar algunas de las con-

cepciones con mayor repercusión, el propio Freud lo consideró primeramente como lo reprimido y más adelante, a partir de la década de 1920, como el ello; Melanie Klein, como la fantasía inconsciente; Carl C. Jung, como la totalidad sumergida del sí-mismo, dividiéndolo además en individual y colectivo; Jacques Lacan, como la estructura discursiva del sujeto; Donald Winnicott, como la cualidad del sostenimiento materno (*maternal holding*); y Christopher Bollas, como lo conocido no pensado (*unthought known*)<sup>7</sup>.

Esta diversidad, a veces muy dispar, en la idea del inconsciente, explica que las nociones del sí-mismo, del yo y de la individualidad, ineludiblemente vinculadas al inconsciente en el psicoanálisis, hayan estado siempre en el centro de las querellas intestinas del movimiento psicoanalítico, hasta el extremo de que es precisamente en esos terrenos donde se localizaron algunas de sus fracturas más profundas (Ffytche, 2012, p. 277). Aquí surgieron las divergencias en relación con la «psicología individual» de Alfred Adler, con el «querido yo» de Wilhelm Stekel<sup>8</sup> y con la «teleología del individuo» de Jung. Y aquí también tuvieron lugar las polémicas entre Anna Freud y Melanie Klein en relación con la formación del yo y del superyó y la finalidad del análisis en relación con ellos; y asimismo la que enfrentó a la psicología del yo de la escuela americana (*Ego psychology*), encabezada por Heinz Hartmann, con el sujeto lacaniano<sup>9</sup>.

### BROCH, NEUROSIS Y PSICOANÁLISIS

El yo moderno resultante de esa negociación inconclusa, entablada de forma muy notoria dentro del psicoanálisis, estuvo por tanto continuamente discutido y lleno de posibilidades y tonalidades. La *Autobiografía psíquica* de Broch puede considerarse como un ejemplo acabado de los vericuetos y matices que, dentro de esas coordenadas generales de fragilidad y versatilidad, enriquecieron el sí-mismo moderno. Según nos cuenta en dicho relato biográfico de su psique, el yo enfermizo (personalidad neurótica) y el psicoanálisis fueron compañeros de viaje habituales en el circuito vital y creativo de Broch<sup>10</sup>. A la neurosis, casi una constante familiar<sup>11</sup>, se encontró permanentemente aferrado («cada uno se aferra a sus neurosis. Cada uno tiene miedo a perder sus neurosis. Y a los cincuenta y cinco años, uno se ha acomodado ya a sus neurosis. Ello no impide que el neurótico sea profundamente infeliz, y la estructura especial de mis neurosis ha influido en hacerme profundamente desgraciado») (Broch, 1999, p. 37). Y al psicoanálisis freudiano —del que, a pesar de mostrarse crítico con alguno de sus procedimientos, nunca cuestionó su veracidad— recurrió en varias ocasiones, dos de ellas muy prolongadas, en busca de reordenación anímica.

La relación con el psicoanálisis se intensificó a partir de 1925. En esa fecha Broch comenzó a frecuen-

tar la Universidad de Viena, donde decidió estudiar matemáticas, filosofía y física, y trabó contacto con la Asociación Psicoanalítica de Viena (*Wiener Psychoanalytische Vereinigung*, WPV)<sup>12</sup>. El psicoanálisis no era entonces para él un completo desconocido. De hecho, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial había trabado amistad personal con Alfred Adler (Lützel, 1999, p. 149), a quien llegó a confiar el cuidado de su propio hijo. Con todo, hasta estas fechas solo había sido un campo de interés ocasional. A partir de 1927 el psicoanálisis adquirió un papel todavía más preponderante. En ese año, coincidiendo con la venta de la fábrica de hilaturas familiar, lo que le liberó de la carga de los negocios textiles, conoció en la WPV a una serie de discípulos de Freud muy interesados por el uso del psicoanálisis en la educación y en el desarrollo del yo: August Aichhorn (pionero en la aplicación del psicoanálisis en la educación y tratamiento de los delincuentes juveniles y de los niños disminuidos); Willie Hoffer (que llegaría a ser un autor muy prolífico en el campo de la educación e integración del yo, su principal dedicación, aunque sus publicaciones abarcaron también la esquizofrenia, la metapsicología o la técnica analítica); y Hedwig Schaxel<sup>13</sup>, que se convertiría en su analista desde entonces hasta 1935 (Lützel, 1989, pp. 82-83).

Después de la muerte de Broch, Schaxel comentó que en 1927 y 1928 el análisis había sido para él una prioridad, relegando el resto de estudios. Asimismo contó que en 1927 Broch se encontraba en una situación indecisa: no tenía planes de futuro concretos y sus estudios universitarios carecían de un objetivo claro. Tampoco padecía, en sentido estricto, ninguna neurosis, aunque sí se percibía en él una personalidad frustrada. Le llamó la atención las descripciones de sus sueños, extraordinariamente precisas, que manifestaban su intensa vocación literaria, todavía muy agazapada. En el verano de 1928, siempre según Schaxel, Broch elaboró ya una nítida imagen de lo que se convertiría en la trilogía de *Los sonámbulos* (*Die Schlafwandler*, 1930/32) y a partir de entonces trabajó en ella denodadamente. Tanto para ella como para Broch siempre fue evidente, concluía Schaxel, que la creatividad literaria desencadenada entonces fue fruto, en parte sustancial, de aquel intenso análisis (Lützel, 1989, pp. 82-83).

Tras su boda con Hoffer en 1933, la casa del matrimonio Hoffer-Schaxel se convirtió en un punto de encuentro de psicoanalistas vieneses significados, todos muy interesados, como ellos mismos, en el psicoanálisis infantil y/o la elaboración psicoanalítica del yo. En ella conoció Broch al que más adelante, durante la emigración, sería también su psicoanalista, Paul Federn; así como a Heinz Hartmann, el futuro fundador de la *Ego psychology*; Hanns Sachs, miembro del «Comité Secreto» (*Geheimnes Komitee*), el círculo íntimo

de Freud; y Anna Freud, también miembro de dicho Comité desde 1924 en sustitución de Otto Rank. Y se reencontró con René Spitz (a quién ya conocía por su editor, Daniel Brody), el futuro elaborador de las nociones de depresión anaclítica y de hospitalismo en relación con la privación emocional de los niños. Acabado el análisis, Broch mantuvo siempre una relación afectuosa con Schaxel y durante el exilio americano, que comenzó en 1938, siguió teniendo contacto epistolar con ella (Lützeler, 1989, p. 83).

En el exilio estadounidense Broch retomó el tratamiento psicoanalítico. Durante 1939/40 su analista fue Gustav Bychowski<sup>14</sup>, aunque en realidad las horas de análisis con él fueron muy esporádicas (Lützeler, 2007, pp. 12-13). A pesar de que ambos vivían entonces en Nueva York, la febril actividad de Broch en esos años, sus frecuentes desplazamientos a Cleveland, Ohio, donde estudiaba su amiga Jadwiga Judd, y los apuros financieros lastraron su continuidad con la terapia. Y Bychowski, por su parte, tampoco parece haber tenido mucho interés en proseguir el análisis. Todo eso puede explicar que, a diferencia de lo ocurrido con sus otros dos analistas, no llegara a desarrollarse una relación amistosa con él ni tampoco consta que se produjera intercambio de correspondencia.

En 1941 Broch realizó ya las primeras consultas con Paul Federn<sup>15</sup>, también emigrado en Nueva York. Pero no sería hasta 1943, con Broch ya establecido en Princeton, cuando éstas tomaron cierta continuidad y el análisis empezó realmente, extendiéndose como poco hasta 1946. Antes de su comienzo Broch no tenía muchas esperanzas en sus resultados. Finalizó, de hecho, el *Apéndice* con la frase: «mi neurosis parece excluir todo análisis» (Broch, 1999, p. 81). Pero a lo largo del tratamiento con Federn cambió de opinión, reconociendo renuientemente sus beneficios. Así, en una carta enviada a su amigo Ernst Polak el 26 de mayo de 1946 afirmaba, refiriéndose a él que: «Tengo por primera vez en mi tratamiento psicoanalítico la sensación de una posible recuperación, antes esa posibilidad era para mí un mero conocimiento teórico. Sin duda estoy —por primera vez— con un analista de primera clase» (Lützeler, 2004, p. 151).

El análisis con Federn, no exento de resistencias, paréntesis e incertidumbres sobre la rentabilidad del tiempo y el dinero empleado, posibilitó a Broch superar, al menos en parte, los impedimentos que coartaban su trabajo literario, aun al coste de un gran derroche de energía (Lützeler, 2007, pp. 84-85). A pesar de los vaivenes del proceso terapéutico, entre Broch y Federn existió una gran afinidad, como se constata en la correspondencia que mantuvieron desde 1939 hasta 1949 (Lützeler, 2007), poco antes de que Federn se suicidara en 1950, cansado de luchar contra un tumor maligno de vejiga. Las cartas de Broch (casi todas

las respuestas de Federn se han perdido) contienen noticias sobre el proceso analítico, pero son sobre todo confidencias al amigo paternal. En ellas se reflejan todas las principales preocupaciones de Broch: las siempre tensas relaciones entre sexualidad y producción, las miserias de la situación económica, las repercusiones físicas y psíquicas del envejecimiento, la ayuda a los emigrantes y los amigos en Europa y el miedo constante a no ser capaz de finalizar su trabajo.

Fue también en Princeton, durante su estancia en 1942 como realquilado con habitación con derecho a cocina en casa de su amigo el historiador del arte y filósofo de la cultura Erich von Kahler, cuando Broch escribió su *Autobiografía psíquica* (*Psychische Selbstbiographie*), a la que añadió en 1943 un breve complemento, el *Apéndice a mi autobiografía psíquica* (*Nachtrag zu meiner psychischen Selbstbiographie*). Ninguno de estos textos fue pensado para ser publicado. Broch envió la *Autobiografía psíquica* a Bychowski y, como anexo, en sendas cartas dirigidas a dos amigas, también emigradas en los Estados Unidos, con las que mantenía por entonces relaciones ambivalentes paralelas: Ruth Norden, lectora de la editorial Fischer y asistente de Peter Suhrkamp, con quien sostuvo una fluida correspondencia (Lützeler, 2005); y Annemarie Meier-Graefe, diseñadora, con la que contraería matrimonio en segundas nupcias en 1949 (Lützeler, 1999, 146). El *Apéndice*, aparte de a estas amigas, se lo remitió a Federn, a quién poco después también mandó la *Autobiografía psíquica*<sup>16</sup>. Estas circunstancias explican que tanto la *Autobiografía psíquica* como el *Apéndice* no quedaran recogidos primeramente por el editor de su obra, Paul Michael Lützeler, y que hubiera que esperar casi hasta el final del siglo pasado para que fueran finalmente publicados, en una edición (Broch, 1999) que contiene además su *Autobiografía como programa de trabajo* (*Autobiographie als Arbeitsprogramm*, 1941) y un epílogo del propio Lützeler.

La *Autobiografía psíquica* y el *Apéndice* constituyen una suerte de autoanálisis<sup>17</sup>, en el que Broch, aunque procurando no hacer un uso excesivo de la terminología analítica, se movió fundamentalmente dentro del ámbito conceptual de Freud y de los freudianos de las diversas tendencias de la psicología del yo, con los que había mantenido y seguiría manteniendo estrecho contacto. Complementariamente, debido a la significación que tiene en los textos el tema de la inferioridad y su compensación, también recurrió a la psicología de Adler. A todo lo cual se sumó, por último, algún concepto de su propia cosecha, como el de «anfitrionismo»<sup>18</sup>.

Ambos escritos son en principio un intento de conseguir claridad sobre dos problemas: por un lado, su relación dicotómica con las mujeres y la siempre difícil convivencia entre sexualidad y producción; y, por otro, la repercusión de la opresiva

figura materna, cuya carencia de amor hacia él le generó un sentimiento de inferioridad y una constante compensación por exceso. Pero en el abordaje autoanalítico de su mente inconsciente, al hilo de esas dos cuestiones, se fue desgranando de forma dispersa y transversal el relato por momentos apasionante de una subjetividad psicologizada y de la creación de un sujeto psicológico. Relato que comprende no solo un minucioso conocimiento del sí-mismo, sino también de la forma de intentar abocarlo a la acción, de hacerlo útil y productivo; o, lo que es lo mismo, de la manera de recrearlo, estéticamente primero y éticamente después. Las siguientes páginas sistematizarán esos movimientos de conocimiento y recreación<sup>19</sup>.

### EL CONOCIMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD: UN SÍ-MISMO EN COMPROMISO

A lo largo del monólogo de la *Autobiografía psíquica* fueron apareciendo quedamente los rasgos definitorios de un sí-mismo comprometido, en el sentido de un sí-mismo en compromiso, en riesgo:

1) En primer lugar, se presenta acosado, en constante amenaza por pulsiones ocultas —los demonios (*Dämonen*) internos— conturbadoras e incontrolables, que:

a) Son sumamente imprecisas, casi fantasmagóricas. Parten de lo que Broch llama «impotencia imaginaria»; es decir, una impotencia no real ni en el plano de la relación erótica ni en el de la productividad intelectual, pero aún así muy repercusiva:

he situado en el centro de toda mi descripción un solo motivo psíquico: el de la impotencia imaginaria. Tengo perfecta conciencia de que en mi estructura psíquica hay toda una serie de otras vivencias traumáticas, y de que tengo igualmente toda una serie de síntomas neuróticos (...) Sin embargo, precisamente porque tanto en los sueños como en los síntomas hay una diversidad inabarcable, había que hacer el intento de apuntar a un solo motivo que permitiera quizá una agrupación global (Broch, 1999, pp. 35-36).

b) Y surgen a través de un confuso entrelazamiento de lo olvidado y lo recordado. Entrecruzamiento, que en Broch tomó como nudo primigenio la negación de amor por parte de la madre y su postergación frente al hermano menor y el padre, que ocasionaban un sentimiento de inferioridad y una desvaloración de sí como «no-hombre» (*Un-Mann*):

Es la imagen de un horrible sentimiento de inferioridad. El que surgiera de una derrota en mi primera infancia, concretamente tanto

frente a mi padre como frente a mi hermano, en relación con el amor materno, deberá quedar *inexplicado*. Hasta donde puedo recordar<sup>20</sup>, yo me consideraba frente a esos dos hombres como un no-hombre, como 'impotente'. El que en el fondo sea completamente impotente, también en sentido físico, es una idea imposible de erradicar —a pesar de todas las pruebas de lo contrario— que me ha acompañado durante toda la vida (Broch, 1999, p. 8).

2) En segundo lugar, está escindido:

llámese escisión (*Aufspaltung*) o de cualquier otra manera, hay sencillamente obstáculos para el amor, una capacidad amorosa disminuida, contra los que lucho hace más de treinta años y que han paralizado y paralizan todavía en gran medida mi vida entera, toda mi capacidad de trabajo y toda mi producción (Broch, 1999, p. 36).

El yo radicalmente dividido se hacía así muy patente en Broch en su situación erótica, en los dos tipos de mujeres con los que se relacionaba (Broch, 1999, pp. 54-57; 65-75). El primero, formado según el modelo de la madre, era el de la «señora» (*gnädige Frau*): mujeres de posición elevada, bellas, altas, morenas y con capacidad de mando. En ellas satisfacía su vanidad erótica, pero no su inclinación sexual, ya que se encontraban bajo el tabú del incesto. Con ellas solo pretendía lo que él denomina un «matrimonio blanco» (*weiße Ehe*), (la representación infantil del matrimonio de los padres). El segundo tipo respondía a la imagen de la «criada» (*Dienstmädchen*), porque fueron las sirvientas las que le dieron en su infancia el afecto negado por su madre. Se correspondía con mujeres pequeñas y rubias, y era el objetivo de sus deseos eróticos instintivos. En lenguaje psicoanalítico, Broch describía así esta escisión erótica: «En pocas palabras, el primer tipo corresponde a mi superyo, el segundo al ello instintivo y, si el primero me permite vivir plenamente mi masoquismo, al segundo puedo acomodar todo mi sadismo» (Broch, 1999, p. 55).

Pero el complejo y ambivalente juego de escisión, tanto destructor como fructificador, no se limitaba al campo afectivo, se extendía en realidad a todas las actitudes y acciones vitales<sup>21</sup>. Especialmente en el trabajo esa cisura se marcaba también con especial viveza. Originalmente Broch estableció dos tipos de trabajo: el comercial (el «legítimo», el «tipo uno») y el intelectual y científico (el «ilegítimo», el «tipo dos»). A lo largo de su vida, cambió de actividades, pero la dicotomía permaneció y el tipo uno legítimo pasó a ser el trabajo filosófico mientras que el lugar del tipo dos, el ilegítimo, lo ocupó el literario (Broch, 1999, pp. 75-77).

3) En tercer lugar, se halla sobredemandado. Los sentimientos de inferioridad se sublimaron en una necesidad de compensación excesiva, de «sobrecompensación» (*Überkompensation*), la cual se tradujo en:

a) Una exacerbada responsabilidad:

la única posición satisfactoria que se me concedió en la juventud frente a mis hermanos menores, mimados e irresponsables, era precisamente la de la responsabilidad, y por eso he organizado toda la vida en relación con la 'responsabilidad', sobre todo hacia la familia, e igualmente mis obligaciones a menudo grotescas hacia las mujeres han sido dictadas siempre por turbadores sentimientos de responsabilidad, de modo que mi mala conciencia era alimentada incesantemente (Broch, 1999, pp. 47-48).

b) Y una permanente querencia de «sobrerrendimiento» (*Überleistung*). No necesariamente de tipo sexual (Broch, 1999, p. 50), sino que consistía sobre todo en abordar tareas «sobredimensionales» en el trabajo en relación con una doble dirección:

por una parte, la magnitud de las tareas que me impongo superan con mucho mis fuerzas, y por otra tampoco soy libre de la elección de esas tareas, es decir, se me imponen por alguna instancia superior (deber hacia la familia, deber hacia la humanidad, hacia otro) (Broch, 1999, p. 7).

4) Y, en cuarto lugar, se encuentra recurrentemente sancionado. Del sentimiento de trabajo «ilegítimo» y de la carga de responsabilidad y de sobrerrendimiento, solo realizable en «apariencia» (*Scheinbarkeit*), se derivaba un «sentimiento de impostura» (*Hochstaplergefühl*) y la consiguiente imposición de autosanciones (Broch, 1999, pp. 48-49). Estas puniciones eran de muy diversa índole: podían ser castigos directos o «castigos de castración» (*Kastrationsstrafen*) (psíquicos, como la pérdida de memoria; o físicos, como los espasmos intestinales) o «castigos de purificación» (*Reinigungsstrafen*) (que le forzaban a recomenzar sus trabajos una y otra vez). En otras palabras, el trabajo se convertía en una «diosa madre frígida, celosa, sádica y vengativa» que imponía castigos de castración solo evitables con penitencias de purificación que implicaban ponerse a su servicio día y noche (Broch, 1999, pp. 76-77).

#### LA RECREACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD: EL SÍ-MISMO CON COMPROMISO

Anteriormente vimos que el contagio con el inconsciente (los demonios interiores) hacía al sujeto psicológico más vulnerable y enfermizo (más neuró-

tico), pero también menos previsible, más versátil y más independiente. En este sentido, Broch no se contentó en la *Autobiografía psíquica* con ahondar en la vulnerabilidad de su yo-en-compromiso y delimitar escrupulosamente sus rasgos: acosamiento, escisión, sobredemanda, castigo; quiso también, y sobre todo, explorar su imprevisibilidad y versatilidad, rentabilizarlo, tornarlo productivo<sup>22</sup>. Hacerlo requiere para Broch «astucia» (*List*). Solo así, mediante ardises y artificios, la autodestrucción puede tornarse eventualmente en esperanza:

Me siento continuamente perseguido por demonios (*Dämonen*) que no puedo dominar; es realmente un milagro que a veces consiga, por decirlo así mediante la astucia —de otra forma no habría sido posible hasta ahora— tener a mi alrededor un poco de aire para trabajar. Con todo no se me oculta que, a pesar de todo, mi neurosis me ha regalado una serie de valores sustitutos. La neurosis puede, entre otras cosas, favorecer, y despertar incluso, toda clase de conocimientos importantes para la vida. Muchas neurosis son así francamente favorecedoras del conocimiento (Broch, 1999, p. 38).

La recreación del yo, ese sondeo de su imprevisibilidad, en tanto astuta y artificiosa, es para Broch en principio un *movimiento estético*. Consistió en aprovechar —sagaz y artificiosamente— la sensibilidad y la susceptibilidad exacerbada de la interioridad en compromiso y convertirla en «capacidad de calar» (*Fähigkeit zur Durchschauung*)<sup>23</sup>, en facultad de profundizar la realidad de ver a través de ella, de forma no meramente racional sino sobre todo intuitiva:

no considero que suponga sobreestimar el valor de la neurosis [...] el afirmar que me proporciona los mejores materiales para mi producción literaria [...], también procede de ella algo que quisiera llamar la 'profundidad material' (*Materialtiefe*): esa 'capacidad de calar' [...] que no se desarrolla solo de acuerdo con la razón, sino que es un constante avanzar tanteando (*Vorwärtstasten*) y avanzar sintiendo (*Vorwärtsfühlen*) hasta las capas de realidad más profundas que se abren bajo las primeras, de forma que surge algo realmente así como un nuevo sentimiento de la realidad y de la vida (Broch, 1999, pp. 39-40).

La «capacidad de calar», en tanto intuitiva, opera para Broch estéticamente —poética o artísticamente— transformando las sucesivas capas de realidades en conglomerados oníricos que se entrecruzan. Se arranca así a la primera realidad su carácter cerrado y se la hace revelar toda su potencialidad:

con ello no se pierde nada de la realidad original, nada de su diversidad, al contrario, es como si todo se volviera más intenso, más variado, más saturado de color, pero se despoja a esa primera realidad de su carácter cerrado, como si se le hubiera quitado su telón de fondo fijo, como si se multiplicara ahora también en profundidad hacia fondos siempre nuevos [...]. Los

esquemas de percepción con que se ve la realidad diaria [...] revelan su carácter onírico, se convierten en un sistema y, con frecuencia, en un conglomerado de sueños que se superponen y cruzan, en una corriente de capas oníricas que fluye hacia el infinito sin orillas y, sin embargo, es la vida en toda su realidad [...], en todo su potencial de belleza absolutamente real (Broch, 1999, pp. 40-41).

Pero el movimiento estético que desencadena en el yo esa potencialidad debe acompañarse para Broch de un *movimiento ético* guiado por el «principio de la selección» (*Ausleseprinzip*). La potencialidad de los materiales que posibilita el movimiento estético tiene que pasar por el cedazo ético de la utilidad. Solo aquellos que nos permitan actuar, cambiar el mundo de acuerdo a las exigencias propias de cada época (en el caso de Broch, contribuir a superar la barbarie moral de la Europa de 1942), adquieren firmeza existencial y pueden considerarse como *verdaderas* posibilidades. La profundización en la propia subjetividad no debe agotarse en un mero subjetivismo, no debe conducir a un mero esteticismo; para ser verdadera tiene que dejar franco el camino para modificar el mundo, debe abocar a un sí-mismo responsabilizado, a un yo-con-compromiso:

El principio de la selección bajo el cual se sitúa la variedad de materiales empuja cada vez más hacia lo ético, la búsqueda de la verdad está cada vez más determinada, vista y orientada desde puntos de vista éticos. Ciertamente, en ese empuje a la actividad práctica y moral hay también una pérdida de conocimiento (...) y, por ello, es con bastante frecuencia difícil de aceptar, pero es un compromiso que pertenece a las exigencias de la época, un compromiso ante el cual hay que inclinarse, porque lo que importa hoy, sobre todo, es volver a crear un lenguaje de verdad con el que quizá pueda superarse aún la Babel moral en la que el mundo se ha hundido (Broch, 1999, pp. 41-42).

Así, la recreación del yo en Broch pretendió en última instancia librarse de impedimentos neuróticos que obstaculizaran su lucha contra «el mal» (*Unheil*) del nazismo (Lützel, 1999, pp. 150-151). La salud del yo debía implicarse también en la salud del mundo. En el proceso de búsqueda de la salud, el yo comprometido debe pasar de ser un *yo-en-compromiso* a ser un *yo-con-compromiso*.

Hannah Arendt (2001, pp. 119-120) escribió que el circuito creativo de Broch en realidad no era un círculo, sino que más bien recordaba un triángulo cuyos lados estaban perfectamente definidos: ciencia, arte y ética; o, si se quiere, conocimiento, literatura y acción. El creador literario, el *Dichter*, debía conocer el mundo primero, recrearlo poéticamente después y, finalmente, modificarlo actuando éticamente. Broch nunca cuestionó la primacía absoluta de la ética, de la acción. La literatura perdía su autenticidad y se convertía en kitsch cuando se limitaba a mero esteticismo —*l'art pour l'art*— y se desentendía del sistema de valores<sup>24</sup>.

No resulta difícil superponer a ese triángulo creativo los tres lados del triángulo vital en torno a su yo que el buceo en el inconsciente —el autoanálisis psicoanalítico de la *Autobiografía psíquica*— fue desvelando: conocimiento y recreación, estética primero y ética después. Puede que eso indique que el sí-mismo del *Dichter* deba ser también una obra de arte auténtica. En todo caso, lo que sí nos dice Broch seguro es que, independientemente del modelo que nos sirva para desarrollar nuestra identidad —el anímico, el psicológico o el cerebral—, lo que *verdaderamente* importa es que el sí-mismo que acabe germinando de él sea un yo-con-compromiso que nos mueva a implicarnos en la salud del mundo.



## NOTAS

- 1 Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación “Medicina del cuerpo y del espíritu: el papel de la medicina en la subjetividad moderna contemporánea”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2008-04899-C02-02).
- 2 En Broch, de hecho, no hay un distingo nítido entre yo y sí-mismo. Ausencia de nitidez bastante común en los autores del campo psicoanalítico freudiano. Melanie Klein, muy representativa a este respecto, utiliza en sus escritos los términos de yo, sí-mismo y sujeto de forma prácticamente intercambiable. A diferencia de los freudianos, otros autores sí lo hacen. Es el caso de Jung, por ejemplo, en relación con el proceso de individuación o proceso de devenir sí-mismo. Jung establece un distingo entre dicho proceso y el devenir consciente del yo, para no identificar el sí-mismo (en tanto arquetipo central del inconsciente colectivo) con el yo. Si se hiciera, la individuación se reduciría a mero egocentrismo. El sí-mismo abarcaría para Jung, por tanto, mucho más que el yo; el sí-mismo sería tanto uno como los otros, pues la individuación no excluye al mundo sino que lo incluye (Stein, 2007). Para una visión panorámica del sí-mismo desde el punto de vista conceptual: Brinthaup & Lipka (1992) y Elliott (2008).
- 3 René Descartes en *Les passions de l'âme* (1649) y en *La description du corps humain* (1647) de la mano del dualismo despojó la parte no material del hombre de su sentido religioso definiéndola como pensamiento y John Locke consideró que la identidad personal se fundaba en la consciencia. El capítulo XXVII del Libro II, titulado “On Identity and Diversity”, de *An Essay Concerning Human Understanding* (1689) ofrece una de las primeras concepciones modernas de la consciencia como repetida auto-identificación de uno mismo. Así, según Locke, somos la misma persona en tanto somos conscientes de nuestros pensamientos y acciones pasados y futuros de la misma manera que somos conscientes de nuestros pensamientos y acciones presentes. La identidad personal se encontraría fundada, por tanto, tan solo en los repetidos actos de consciencia (Taylor, 1989, pp. 143-176; Noonan, 2003, pp. 33-39).
- 4 Michael Foucault fue el iniciador del análisis del sí-mismo psicologizado (Foucault, 1966; Foucault, 1988). Tras él han aparecido numerosos trabajos en esta línea (Chadwick, 1975). Entre los más influyentes se encuentran posiblemente los trabajos de Rose (1990) y Hacking (1995). Para una visión de conjunto sobre estas influencias y los desarrollos que han suscitado, pueden consultarse los volúmenes de la colección que Rutgers ha dedicado al análisis del sí-mismo y la identidad social, en especial el volumen II: Contrada & Ashmore (1999).
- 5 Sobre la posmodernidad y su configuración: Lyotard (1987) y, sobre todo, Lyon (2000).
- 6 Para una visión de conjunto del Romanticismo: Gusdorf (1993) y Safranski (2010). El inconsciente en el Romanticismo ha sido un tema en continua revisión por la historiografía especializada durante los últimos cincuenta años; el tratado de Ellenberger (1976, pp. 234-254) y la obra de Ffytche (2012, pp. 97-213) señalan el principio y el final —hasta ahora— de ese proceso, en el que han ido apareciendo valiosas aportaciones desde diversas perspectivas. Véase como ejemplo de ello el abordaje de Montiel (2008) al inconsciente en el Romanticismo alemán desde el estudio del magnetismo animal.
- 7 Para la variabilidad del término inconsciente en el psicoanálisis: Frosh (2003) y, especialmente, Laplanche & Pontalis (1996).
- 8 El curioso término «querido yo» procede de *The Beloved Ego*, título de la traducción inglesa del libro de Stekel titulado originalmente *Das liebe Ich: Gründriss einer neuen Diätetik der Seele*. La traducción puede ser correcta, pero hay que tener en cuenta que el título en alemán es intencionadamente equívoco y puede traducirse perfectamente también por «Lo que yo amo», «Eso que yo amo», «El yo que amo» o, más ampliamente, por «El yo y el amor». En todo caso, el libro se publicó en 1913, el mismo de la ruptura de su autor con Freud.
- 9 Para estas divergencias y polémicas: Schwartz (2003) y Makari (2008).
- 10 Sobre la vida y la obra de Broch: Lüzeler (1989, 2000, 2011) y Ritzer (1988) son los trabajos fundamentales. El artículo sobre Broch de la Wikipedia en alemán es, como toma de contacto, muy útil; proporciona información además, bastante bien seleccionada, sobre literatura secundaria, entradas de los lexicones y páginas web (“Hermann Broch”, 2012).
- 11 En una carta dirigida a su hijo en febrero de 1949, Broch señalaba en referencia a sus padres: “Desciendes de una familia fuertemente neurótica. Un abuelo maniaco-depresivo, incontinente e insensible, con ocurrencias geniales; y una abuela neurótica-obsesiva, de inteligencia mediana, dominante, terca y vanidosa” (Lützel, 1989, pp. 22-23).
- 12 Sobre la WPV y su precedente, la llamada Sociedad Psicológica de los Miércoles (*Psychologische Mittwoch Gesellschaft*): Makari, 2008, pp. 174-178 y 253-260.
- 13 Hedwig Hoffer-Schaxel (nacida Schulmann) (1888-1961) era originaria de una familia judía del sur de Alemania. El apellido Schaxel procedía de su primer marido, el profesor de zoología Julius Schaxel. En 1929 se trasladó a Viena para realizar su formación como psicoanalista. Anna Freud fue allí su analista didáctica (*Lehranalytiker*). En 1925 era ya miembro extraordinario de la WPV y en 1927, cuando comenzó el análisis con Broch, pasó a ser miembro ordinario y analista didáctica. El campo principal de sus investigaciones, al igual que Willi Hoffer, su segundo marido desde 1933, fue la pedagogía psicoanalítica. Tras el *Anschluss* de 1938, ambos emigraron a Inglaterra. Desde entonces vivió y ejerció siempre en Londres, en donde fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica Británica, participando activamente en los debates entre los seguidores de Anna Freud y Melanie Klein a favor de la primera. Tuvo fama de ser una excelente clínica (“Hedwig Hoffer-Schaxel”, 2012).
- 14 Gustav Bychowski (1895-1972), nació en Varsovia y estudio psiquiatría en el Burghölzli zúriqué con Eugen Euler y psicoanálisis en Viena con Freud. En 1921 retornó a Polonia, convirtiéndose allí en uno de los pioneros del psicoanálisis. En 1939 emigró los Estados Unidos, en donde fue miembro de la *New York Psychoanalytic Society* y catedrático de la *Mount Sinai School of Medicine* de la Universidad de Columbia. En la última fase de su carrera tuvo posiciones afines con Heinz Kohut, el creador de la *Self psychology* (Sobre Bychowski: Wangh, 1972).
- 15 Paul Federn (1871-1950) comenzó su práctica psicoanalítica en 1902 y fue el quinto miembro en sumarse a la Sociedad Psicológica de los Miércoles, fundada ese mismo año y que celebraba sus sesiones en la propia casa de Freud. Tras la Primera Guerra Mundial se situó afín a la socialdemocracia y abogó por una educación popular psicoanalítica. De 1922 a 1938, siempre muy

- cercano a Freud, fue vicepresidente de la WPV. En ese año emigró a los Estados Unidos, en donde más adelante se hizo miembro de la *New York Psychoanalytical Society*. Pese a su proximidad con Freud, fue el primer analista en avanzar una concepción de la transferencia psicótica, lo que le llevó a desarrollar toda una batería de conceptos en relación con la psicología yo, como el «sentimiento del yo» o la «frontera del yo». Su trabajo más conocido es *La psicología del yo y las psicosis (Ichpsychologie und die Psychosen)*, 1956) Aparte de Broch, entre sus analizados famosos estuvieron Wilhelm Reich y August Eichhorn. (Sobre Federn: Weiss, 1978).
- 16 En una de las pocas cartas que se conservan de Federn a Broch, escrita en abril de 1943, aquel comenta que, tras recibir el informe de Broch, le quedaba claro que necesitaba urgentemente un análisis y que había hablado telefónicamente con Bychowski y que el brusco corte de la terapia con él fue un error. Le decía además que estaba dispuesto a aceptarle como analizado y que ya encontrarían un modo para el imprescindible pago de los honorarios (Lützeler, 2007, pp. 67-68).
- 17 El autoanálisis fue practicado por Freud desde 1900 a 1916 aproximadamente, sobre todo en relación con la interpretación de los propios sueños y la propia libre asociación, pero más adelante se mostró fluctuante respecto a su utilidad. El psicoanálisis es, en general, bastante escéptico con su uso. Karl Abraham lo consideraba como una forma de resistencia frente al análisis que bordeaba el narcisismo y desactivaba una parte muy importante del tratamiento: la transferencia (Peters, 1984, p. 513). Cuando Broch le envió en junio de 1943 a Federn su *Autobiografía psíquica*, este también se mostró igualmente receloso sobre sus beneficios, comentando que «para que su nuevo análisis tenga éxito, será necesario rectificar las unilateralidades de su autoanálisis. En mi opinión, usted sobrevalora los efectos de su relación con la madre» (Lützeler, 1989, p. 232). En el caso de Broch, la *Autobiografía psíquica* parece pensada no tanto como un sustituto cuanto como un test de viabilidad para el análisis («me he limitado a presentar, pero lo he hecho también con una finalidad analítica determinada: quería plantear la cuestión de la accesibilidad analítica») (Broch, 1999, p. 36) o como una preparación al análisis: «...un análisis a mi edad solo puede tener éxito cuando existe alguna esperanza de establecer un común denominador para mis fenómenos eróticos. Sin embargo, la respuesta a esa pregunta debo dejársela al analista» (Broch, 1999, p. 36).
- 18 Broch acuñó este término haciendo referencia a Anfitrión, personaje mitológico que compartió su esposa con Zeus. Indica el deseo de modular progresivamente a su pareja en función de la imagen ideal de sí mismo, de tal forma que su amante debe serlo simultáneamente tanto del sujeto viejo (el hombre - Alcmeón) como del nuevo o ideal (el dios - Zeus) (Broch, 1999, p. 17; Lützeler, 1999, pp. 157-169).
- 19 Ya hace algún tiempo, Aniela Jaffé (1955) estudió *La muerte de Virgilio*, durante cuya elaboración Broch escribió la *Autobiografía psíquica*, considerando esta obra como un proceso de individuación jungiano. Aunque aquí no se seguirá esa perspectiva, quizás el conocimiento y la recreación del sí-mismo por parte de Broch puedan también interpretarse desde esos parámetros.
- 20 Las cursivas son mías en este caso.
- 21 En *Hofmannstahl y su tiempo* afirmará a este respecto: «Toda alma humana está sometida a escisiones, aún más la del artista y la del poeta como ninguna otra: en parte alguna aparece con tanta claridad la paradoja del proceso creador del poeta (una auténtica paradoja del infinito) como en el fenómeno de la escisión que, según el caso, tanto puede destruir la poesía como hacerla fructificar» (Broch, 1974, p. 200).
- 22 Broch relata en la *Autobiografía psíquica* una «vivencia de sublimación», acontecida en la infancia, cuando contaba nueve años, «probablemente fundamental» para el desarrollo de su actitud futura sobre la capacidad creadora del yo (Broch, 1999, pp. 42-43). Lützeler (1999, pp. 152-157) ha analizado pormenorizadamente esta vivencia del «descubrimiento del yo».
- 23 Broch —astutamente— toma el concepto de «capacidad de calar» de la observación de las mujeres frías, no pocas veces «caladoras» (*Durchschauerinnen*), quienes serían capaces así de ver una segunda realidad en los hombres que el resto de mujeres no reconoce o no quiere reconocer y detectar intuitivamente en ellos el amor y el fingimiento. Su carencia emocional se sublimaría en la capacidad de calar, de tal forma que la frigididad se transformaría en valor vital (Broch, 1999, p. 38).
- 24 Broch consideraba el kitsch, el arte que se complace en sí mismo, como «el mal en el sistema de valores del arte». Lo kitsch, según él, se personificaba en la figura del «literato estetizante» (categoría en la que incluía a personajes desde Nerón hasta Hitler), sumido en el «vacío de valores». De igual forma, eran kitsch los estadistas que afirmaban que «la guerra es la guerra» o los hombres de negocios que sostenían que «los negocios son los negocios» (o los inversores que mantienen que «el mercado es el mercado», que diríamos hoy en tiempos de crisis). Los negocios, las inversiones, deben tener como fin para Broch la honestidad; los beneficios deben ser un fruto más de la honestidad, no el fin en sí mismo (Broch, 1974, pp. 404-412; Arendt, 2001, p. 130-131).

## BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2001), *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa.
- Berman, Marshall (1988), *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience Of Modernity*, New York, Penguin.
- Brinthaupt, Thomas M. y Lipka, P. (eds.) (1992), *The Self: Definitional and Methodological Issues*, Albany, State University of New York Press.
- Broch, Hermann (1974), *Poesía e Investigación [Dichten und Erkennen, 1955]*, Barcelona, Barral.
- Broch, Hermann (1999), *Psychische Selbstbiographie*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Calinescu, Matei (1999), *Five Faces of Modernity: Modernism, Avant-Garde, Decadence, Kitsch, Postmodernism*, Durham, Duke University Press.
- Conrada, Richard J. y Ashmore, Richard D. (eds.) (1999), *Self, Social Identity, and Physical Health*, New York, Oxford University Press.
- Chadwick, Owen (1975), *The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ellenberger, Henry F. (1976), *El descubrimiento del inconsciente: Historia y evolución de la psiquiatría dinámica [The Discovery of the Unconscious. The History and Evolution of Dynamic Psychiatry]*, Madrid, Gredos.
- Elliott, Anthony (2008), *Concepts of the Self*, Cambridge, Polity Press.
- Ffytche, Matt (2012), *The Foundation of the Unconscious: Schelling, Freud and the Birth of the Modern Psyche*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Foucault, Michel (1966), *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard.
- Foucault, Michel (1988), "Technologies of the Self". En: Martin, Luther H., Gutman, Huc y Hutton, Patrick H. (eds.), *Technologies of the Self: A Seminar with Michel Foucault*, Londres, Tavistock, pp. 16-49.
- Frosch, Stephen (2003), *Key Concepts in Psychoanalysis*, New York, New York University Press.
- Giddens, Anthony (1991), *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Stanford, Stanford University Press.
- González de Pablo, Ángel (1994), "The medicine of the soul. The origin and development of thought on the soul, diseases of the soul, and their treatment, in Mediaeval and Renaissance medicine", *History of Psychiatry*, 5, pp. 483-516.
- Gusdorf, Georges (1993), *Le romantisme*. 2 vols., Paris, Payot & Rivages.
- Hacking, Ian (1995), *Rewriting the Soul: Multiple Personality and the sciences of Memory*, Princeton, Princeton University Press.
- "Hedwig Hoffer-Schaxel" (2012). En: *Psychoanalytikerinnen. Biographisches Lexikon*, disponible en: <http://www.pschoanalytikerinnen.de> [consultado el 12/08/2012].
- "Hermann Broch" (2012). En: *Wikipedia*, disponible en: [http://de.wikipedia.org/wiki/Hermann\\_Broch](http://de.wikipedia.org/wiki/Hermann_Broch) [consultado el 17/07/2102].
- Jaffé, Aniela (1955), *Hermann Broch: Der Tod des Virgil: Ein Beitrag zum Problem der Individuation*, Zürich, Rascher.
- Jameson, Frederic (1991), *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke University Press.
- Korfmacher, Karsten (2006), "Personal Identity". En: *Internet Encyclopedia of Philosophy*, disponible en: <http://www.iep.utm.edu/person-i> [consultado el 23/07/2012].
- Laplanche, Jean y Pontalis, Jean-Bernard (1996), *Diccionario de psicoanálisis [Vocabulaire de la psychanalyse, 1967]*, Barcelona, Paidós.
- Lützel, Paul M. (1989), *Hermann Broch: una biografía [Hermann Broch. Eine biographie, 1985]*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- Lützel, Paul M. (1999), "Donquijuanjote: Hermann Broch über sich selbst". En: Broch, Hermann, *Psychische Selbstbiographie*, Frankfurt, Suhrkamp, pp. 145-169.
- Lützel, Paul M. (2000), *Die Entropie des Menschen. Studien zum Werk Hermann Brochs*, Würzburg, Königshausen & Neumann.
- Lützel, Paul M. (ed.) (2004), *Freundschaft im Exil: Thomas Mann und Hermann Broch*, Frankfurt, Vittorio Klostermann.
- Lützel, Paul M. (2005), *Hermann Broch – Ruth Norden: Transatlantische Korrespondenz*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Lützel, Paul M. (ed.) (2007), *Hermann Broch: "Frauengeschichten". Die Briefe an Paul Federn 1939-1949*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Lützel, Paul M. (2011), *Hermann Broch und die Moderne: Roman, Menschenrecht, Biographie*, München, Wilhelm Fink.
- Lyon, David (2000), *Posmodernidad [Postmodernity, 1999]*, Madrid, Alianza.
- Lyotard, Jean-François (1987), *La condición postmoderna: informe sobre el saber [La condition postmoderne: Rapport sur le savoir, 1979]*, Madrid, Cátedra.
- Makari, George (2008), *Revolution in Mind: the Creation of Psychoanalysis*, New York, HarperCollins.
- Mauron, Alex (2001), "Is the Genome the Secular Equivalent of the Soul?", *Science*, 291, pp. 831-832.
- Montiel, Luis (2008), *Magnetizadores y sonámbulas en el Romanticismo alemán*, Madrid, Frenia.
- Noonan, Harold W. (2003), *Personal Identity*. London, Routledge.

- Novas, Carlos y Rose, Nikolas (2000), "Genetic Risk and the Birth of the Somatic Individual", *Economy and Society*, 29, pp. 485-513.
- Ortega, Francisco (2009), "The Cerebral Subject and the Challenge of Neurodiversity", *BioSocieties*, 2009 (4), pp. 425-445.
- Owen, Alex (2001), "Occultism and the 'Modern' Self in *Fin-de-Siècle* Britain". En: Dauntton, Martin y Rieger, Bernhard (eds.), *Meanings of Modernity. Britain from the Late-Victorian Era to World War II*, Oxford y New York, Berg, pp. 71-96.
- Owen, Alex (2007), *The Place of Enchantment: British Occultism and the Culture of the Modern*, London, The University of Chicago Press.
- Peters, Uwe Henrik (1984), *Wörterbuch der Psychiatrie und medizinischen Psychologie*, München, Urban & Schwarzenberg.
- Porter, Roy (ed.) (1997), *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*, London, Routledge.
- Ritzer, Monika (1988), *Hermann Broch und die Kulturkrise im frühen 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Metzler.
- Rose, Nikolas (1989), *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. London, Routledge.
- Rose, Nikolas (2007), *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- Safranski, Rüdiger (2010), *Romantik: eine deutsche Affäre*, Frankfurt, Fischer.
- Schwartz, Joseph (2003), *Cassandra's Daughter: A History of Psychoanalysis*, London, H. Karnak.
- Stein, Murray (2007), *El proceso de individuación*, Barcelona, Luciérnaga.
- Tauber, Alfred (2012), "The Biological Notion of Self and Non-self". En: Zalta, Edward N. (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2012 Edition), disponible en: <http://plato.stanford.edu/archives/sum2012/entries/biology-self>, [consultado el 01/08/2012].
- Taylor, Charles (1989), *Sources of the Self: The Making of the Modern Identity*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Thompson, Mathew (2001), "Psychology and the 'Consciousness of Modernity' in Early Twentieth-Century Britain". En: Dauntton, Martin y Rieger, Bernhard (eds.), *Meanings of Modernity. Britain from the Late-Victorian Era to World War II*, Oxford y New York, Berg, pp. 97-117.
- Tougaw, Jason (2012), "Brain Memories; Neuroscience, and the Self: A Review Article", *Literature and Medicine*, 30 (1), pp. 171-192.
- Vidal, Fernando (2005), "Le Sujet cérébral: une esquisse historique et conceptuelle", *Psychiatrie, sciences humaines, neurosciences*, 3 (11), pp. 37-48.
- Vidal, Fernando (2009), "Brainhood, antropological figure of modernity", *History of Human Sciences*, 22 (1), pp. 5-36.
- Wangh, Martin (1972), "Gustav Bychowski, M.D – 1895-1972", *The Psychoanalytic Quarterly*, 41, pp. 610-611.
- Weiss, Edoardo (1978), "Einleitung". En: Federn, Paul, *Ich-psychologie und die Psychosen*, Frankfurt, Suhrkamp, pp. 9-27.